

## **SARMIENTO SENTIDOR, HACEDOR, EDUCADOR Y ESCRITOR**

*Este trabajo reproduce - con necesarias supresiones circunstanciales - una conferencia pronunciada en la Universidad Pedagógica Nacional de México, en noviembre de 1988. El mismo texto - con algunos aditamentos acerca de las ideas y de las políticas científicas de Sarmiento - fue leído en el Aula Magna de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de Salamanca (España), el 25 de octubre de 1995.*

*Un artículo por nosotros publicado en el Suplemento Literario del diario La Nación (17 de enero de 1988, páginas 1 - 2) amplía y complementa diversos aspectos abordados en el presente trabajo.*

Abordar una figura de la magnitud y complejidad como la de Sarmiento, implica una seria responsabilidad en varios aspectos, pues nos enfrenta con un *sentidor*, con un *hacedor*, con un *educador* y con un *escritor*, todo ello de perfiles sobresalientes, cuyo ideario y cuya obra mantienen una sorprendente actualidad; casi diríamos una llamativa contemporaneidad. Estamos frente a uno de los protagonistas clave de nuestra historia política, social y, por supuesto, educativa y cultural. Es decir, debemos esforzarnos por entender a este hombre en toda su desmesura, y hacerlo sin apelar a la retórica ni a los lugares comunes; si logramos siquiera parcialmente este objetivo, quizás pueda sernos provechoso para una toma de conciencia de los problemas continentales, de sus alternativas plurales, de los caminos que intuimos, de las raíces y de los horizontes.

Tampoco es casual que sea tan copiosa su bibliografía y tan debatida su figura. Polemista en vida, Sarmiento sigue desencadenando polémicas: incomprendido en vida, sigue generando incomprendiones, y esto aunque sobre su personalidad multifacética escribieron casi todos los argentinos que utilizaron la pluma para interrogarse sobre el sentido de nuestra historia y el signo de nuestro futuro; como también lo hicieron muchos y sagaces pensadores latinoamericanos. Estamos frente a un hombre, en el sentido unamuniano del término, apasionado, sagaz, arbitrario por momentos, constructor y crítico a un tiempo, que no temió contradecirse y reconocerlo. Fue baqueano en privaciones, rastreador de esperanzas, cantor del terruño, y también "gaucho malo" para algunos.

Nació en el seno de una familia tradicional y empobrecida, es decir de algún modo marginal dentro de la sociedad sanjuanina; así como era marginal su provincia dentro del contexto del país cambiante, una provincia mediterránea en un país que se estaba litoralizando rápidamente, marginal debió sentirse también como argentino en un mundo cuyo centro de gravedad estaba en el hemisferio norte. Así quisiéramos creer que, de esta triple marginalidad a la cual acabamos de aludir, sacó las energías suficientes - porque era todo un carácter - para realizar sus denodados esfuerzos por superarla, por asumirla creadoramente, por incorporarse al núcleo de la sociedad, por legitimarse, por entender el meollo de los problemas, por proyectarse al plano nacional y luego internacional como una verdadera fuerza de la naturaleza. Juzgamos no es esta una interpretación psicologista ni mucho menos; es el señalamiento de datos objetivos. Se esforzó por entender su historia (aludo al decirlo a la suya personal), por desentrañar la historia (me refiero a la nuestra, la argentina y, en cierto sentido, la latinoamericana), y también, porqué no, por hacer historia. Y así aparecen entreverados el pasado, el presente y el futuro, como preocupación, como desafío, como compromiso, como pasión. Por eso lo hemos llamado *sentidor*, *hacedor*, *educador* y *escritor*. Su talento y su voluntad le permitieron transformar esa marginalidad, que era desventaja, en un factor positivo; de este modo aquel muchacho de formación inorgánica y poco sistemática, prácticamente un autodidacta, se convirtió en el estadista que pensó más orgánicamente la educación y fue estructurando sus ideas a lo largo de los años, para convertirse en el maestro por antonomasia.

Decía José Luis Romero en una conferencia pronunciada en 1961:

Situado entre el pasado y el futuro, Sarmiento cobra a mi juicio su verdadera perspectiva. Si de otros puede decirse con certeza que pertenecen solamente al pasado, de Sarmiento no es posible afirmar lo mismo. Algo hay en él que no ha muerto, y acaso pudieran

repetirse pensando en él las palabras que repitió sobre Quiroga: "No, no ha muerto. Vive aún. Él vendrá". No se requiere apelar a la vana esperanza de su regreso para descubrir su proximidad y su permanencia, Sarmiento, no tiene necesidad de que se anuncie su retorno porque no ha desaparecido de la vida argentina. Pero no porque obraran en él misteriosas fuerzas, sino por la peculiaridad de su genio, cuyas incitaciones recobran en cada circunstancia actualidad, eficacia y dimensión contemporánea.

Y prosigue José Luis Romero:

Hombre de su tiempo, acogió lo que las circunstancias le impusieron. Descubrió los interrogantes y las exigencias de su contorno, y respondió a unos y otras con las respuestas y las actitudes que las circunstancias le aconsejaron. Si buscamos en Sarmiento el conjunto de las ideas que expuso frente a aquellos problemas, las obras en que cuajaron sus preocupaciones, hallaremos un hombre de su tiempo, sin más resonancia para nosotros que la que desencadene la admiración de una existencia combativa que no se sustrajo a los compromisos a que lo obligaba su propia grandeza. Pero hay al lado de ése un Sarmiento vivo. Ese a cuya imagen se ofende cada día y cuya memoria se reivindica cada día, porque ni para atacarlo ni para defenderlo pensaríamos tanto en él si no descubriéramos que es algo vivo que está unido a nuestra propia existencia. Y ese Sarmiento vivo es el del impulso creador, capaz de suscitar no sólo esas obras y esas ideas que creó, sino otras muchas, para su tiempo y para otros tiempos, en sus circunstancias y en las que se presentan renovadas cada día. Porque Sarmiento está unido a la idea de cambio y al desdén de la maraña de intereses y prejuicios que suelen ser indiscutibles o sagrados. Y por esa virtud sobrepasa su propia obra y se asocia a todas las obras de quienes aprenden en su ejemplo.

Ningún pensador original puede ser explicado por sólo la filiación de sus ideas: y mucho menos en el caso de Sarmiento; pero, de todos modos, establecerla puede servir como punto de referencia. Probado está, y de ello no cabe la menor duda, cuáles son dichos lineamientos. Para empezar, una significativa dosis de "iluminismo", de donde su fe en el progreso, su enemiga por los aspectos más negativos de la tradición española (por lo menos tal cual aquella militante generación los entendía), su confianza en el papel modernizador o transformador de la educación. Pero además influyen sobre él, y quizás de manera preponderante, complejas y nada orgánicas corrientes que podríamos reunir bajo el rótulo genérico de *romanticismo social*, es decir el segundo momento del romanticismo, puesto que en sus comienzos fue "restaurador" y enemigo de las luces, y aquí aludimos al que viene a emparentarse con el utopismo y las corrientes historicistas; también, entre otros componentes pueden percibirse la palpitación de las ideas hegelianas y el eco retardado de los ideólogos y eclécticos. No es esta la oportunidad de inventariar las escuelas y pensadores que tuvieron reconocible influencia directa e indirecta sobre Sarmiento, y cuya impronta puede documentarse; hasta podrían rastrearse los gérmenes de su posterior positivismo personal, aquel positivismo que Francisco Romero llamó "ambiental o difuso", o Alejandro Korn "positivismo en acción", como lo recuerda Juan Carlos Torchia Estrada en su libro *La filosofía en la Argentina*. Dentro de este espíritu escribe Sarmiento:

Para mí el mayor número de verdades conocidas constituye sólo la ciencia de una época; pero la civilización de un pueblo sólo puede caracterizarla la más extensa apropiación de

todos los productos de la tierra, el uso de todos los poderes inteligentes y de todas las fuerza materiales, a la comodidad, placer y elevación moral del mayor número.

Pero, más que avanzar por este rumbo, digamos que lo que importa sobremanera es destacar su comprensión de la originalidad del quehacer americano: la vertiente histórica y, sobre todo, la social que fecunda su desenvolvimiento y maduración.

En otra oportunidad destacábamos que favorecía el entendimiento cabal del quehacer sarmientino referirlo a un marco más general, que en cierto modo le otorgaría más claro sentido. Nos referimos allí a dos procesos, que están entre los más trascendentes de la pasada centuria; nos referimos, por un lado, al de la consolidación de las nacionalidades y, por el otro, al de la Revolución Agrícola e Industrial. El primero favorece la inteligencia tanto de la génesis de la emancipación como de los desarrollos de las varias décadas de búsqueda de un nuevo equilibrio. La sociedad argentina se había modificado, y muy distinta era la resultante de los vínculos entre las regiones y la distribución poblacional; estamos señalando, por supuesto, al proceso de litoralización que trasladó el centro de gravedad de la nación en ciernes. Este sacudimiento está en el fondo mismo de las guerras civiles, que son su manifestación más visible.

Era necesario, urgente, organizar el país; superar su fragmentación, su insularidad, su aislamiento, pues allí reposaban algunas de sus mayores flaquezas, y percibir cuáles eran las tendencias internacionales ya que a través de ellas ya se diseñaba una división del trabajo, en cuya definición desempeñaba un papel fundamental la mencionada Revolución Agrícola e Industrial del siglo XIX. Esto requería un diagnóstico, una explicación y una propuesta. Pues bien, juzgamos que la obra de Sarmiento, su prédica, constituyó, en cierto sentido, un esfuerzo por encontrar una contestación a esas interrogantes. Por ello postuló una política asentada - por lo menos así lo discernimos nosotros - sobre tres pilares básicos que, a su vez, constituían respuestas a las necesidades de entonces: inmigración, colonización y educación. La primera, es decir la inmigración, como respuesta categórica al desierto; recuérdese que el país era rural, cierto es, pero carecía de campesinos. La segunda, reiteremos, la colonización, para sumar una estructura agrícola a la predominantemente ganadera y apoyar el desarrollo incipiente de las manufacturas e industrias. Y la educación, desde luego, para capacitar desde el punto de vista político, económico, social y cultural a la población nativa y a los nuevos contingentes, para enfrentar los cambios que preveía. Las dificultades con las cuales tropezó Sarmiento en los dos primeros aspectos - tema que por sí solo requeriría prolija atención para evitar fáciles simplificaciones - acrecentó la importancia de la educación como variable estructuradora del país, nacionalizadora, modernizadora, cambiadora. Aclaremos esto y digamos en forma abreviada que a través de la educación juzgaba Sarmiento que podría democratizar el país en todas sus dimensiones. Expresado con palabras de Tulio Halperin Donghi, "su proyecto consistía en crear una nueva base social para un Estado democrático". O, dicho con otros términos, la educación serviría para formar no sólo ciudadanos sino también individuos capaces de competir en el mundo moderno, de donde su conocidísima propuesta: "educar al soberano".

Pero lo que nos importa subrayar no son tanto las respuestas, adecuadas a nuestro entender, que en su momento expuso Sarmiento, como la sagacidad de sus preguntas; sus indicaciones, más que repetidas, deben ser traducidas al lenguaje de nuestro tiempo.

Y, en este sentido, interrogarnos por el papel y el destino de nuestros países en el concierto de las naciones, cuando asistimos ahora a una nueva y más profunda revolución científica y tecnológica, que implicará una diferente división internacional del trabajo, a la cual deberemos responder con una distinta estructura productiva, que generará, o mejor dicho, está generando nuevas formas de analfabetismo, más graves quizás que la del siglo XIX, cuando apenas consistía en no saber leer o escribir.

Lo hemos sostenido en muchas oportunidades y lo reiteramos aquí, la cantidad, la calidad y la distribución de la educación están históricamente condicionadas; cada época plantea sus requerimientos y busca satisfacerlos. Si, para Sarmiento, la educación básica y elemental, obligatoria, universal y gratuita quedaba satisfecha con la escuela primaria, creemos que hoy no ocurre lo mismo, pues las demandas actuales apuntan más alto. No olvidemos que ahora la riqueza de los países se mide, en cierto modo, por la calidad de la materia gris, por la cantidad de inteligencia incorporada a los procesos productivos; ya estamos lejos de los arcaicos indicadores decimonónicos.

Esto nos lleva casi imperceptiblemente a considerar, siquiera en forma presurosa, las ideas educativas de Sarmiento, cuya génesis debemos buscarla tanto en sus experiencias juveniles como durante su permanencia en Chile, por entonces uno de los países mejor organizados y políticamente estables en América Latina. Súmese a esta la experiencia que posteriormente adquirirá con sus viajes por Europa y Estados Unidos cuyas políticas y realidades educativas analiza en líneas generales en algunos de sus trabajos y profundiza notablemente en sus grandes libros sobre el tema específico: *De la educación popular* (1849), *Sobre la educación común* (1856), *Las escuelas base de la prosperidad y de la República en los Estados Unidos* (1866), además de centenares de artículos y conferencias. El reconocimiento de los altos niveles alcanzados en los países recorridos no lo impulsan a postular sin más su mecánico traslado a estas tierras, sino que estimuló su inteligencia e imaginación para elaborar métodos y herramientas a fin de entender los procesos y proponerse metas por alcanzar cuando nuestras estructuras socioeconómicas se hubiesen transformado, y a cuyo logro la educación debía contribuir. Poco antes de su muerte, en carta a David Peña del 1º de enero de 1888, brinda Sarmiento, y a su manera, una síntesis de su obra toda y ofrece simultáneamente una perspectiva sobre cómo enjuiciarla: "Había vendas espesas de ignorancia y de barbarie en el pueblo y traté de arrancarlas: oí el ruido en tomo mío; ruido de cadenas que no estaban aún rotas y me junté a quienes forcejeaban por quebrantarlas".

Los instrumentos conceptuales con que se fue pertrechando y su vivencia de los problemas le permitieron adentrarse profundamente en la entraña de los mismos. En aquellos momentos la experiencia de la emancipación política del Nuevo Mundo constituía un hecho inédito por su profundidad y magnitud; debía ser comprendida no sólo sin preconcepciones, sino también con categorías que debían forjarse entre nosotros, y a veces, aunque parezca paradójico, contra nosotros mismos, esto es, enfrentando las inercias y los prejuicios.

Nuestros problemas, es decir, los de toda la América Latina de la segunda mitad del siglo XIX, tenían notas distintivas que los singularizaban de la historia europea. Sólo la aventura histórica de los Estados Unidos quizás tenía cierto parentesco con nuestra experiencia, aunque algunos de sus elementos fuesen diferentes. Vastos territorios casi

desiertos, población dispersa, sectores numerosos de la población marginados de la vida nacional (los indígenas), desmesuras geográficas que agigantaban la escasez de medios de comunicación; actividades económicas fundamentalmente primarias (esto es, extractivas), con poca mano de obra y escasas calificaciones, además de carencia de capital; todo esto planteaba un complejo desafío. La respuesta al mismo debía buscarse en una política inmigratoria y colonizadora; y una política educativa que realizase la "nacionalización" de esos inmigrantes para adecuarlos a la idiosincrasia de estos países, pero, sobre todo, para capacitarlos y ponerlos en condiciones de asimilar los nuevos conocimientos que permitiesen ir modificando esa estructura por un quehacer más complejo y moderno. La instrucción - afirma por entonces Sarmiento - "puede desenvolver riqueza, crear nuevas industrias, improvisar nuevos medios de vivir".

Llegados a este punto, cabe recordar la admiración que expresó Sarmiento por los Estados Unidos, por sus instituciones, por sus construcciones, sus recursos físicos y naturales. De ello habla en detalle ya en el libro "*Viajes*" (1851), donde podemos encontrar referencias agudas sobre la movilidad social original, la "frontera", arados, relojes, indumentaria, hoteles, ferrocarriles, vivienda, etcétera. Pero más importante que todo ello, sobre todo con relación al tema, es su amistad con Horace Mann, personalidad de la cual ya tuvo noticias en Europa.

Dice Luis Franco, prosista magnífico, con referencia a la Europa que nuestro homenajeado visitó en 1846:

El analfabetismo popular era una endemia en el continente de la civilización. La excepción relativa constituíala Prusia. La definitiva hallada en Norteamérica, personificada por Mann. El encuentro de dos hombres empapados por la misma razón caudalosa y profunda fue como el de dos ríos que mezclan sus aguas. Lo que el argentino aprendió del yanqui en unos días no lo hubiera adquirido en décadas. Lo que Mann resumía en sí y lo expresado era el despertar intelectual de un pueblo en su hora de auténtico ascenso democrático. La lección recogida en Boston, Meca cultural yanqui, podría resumirse así: educación al alcance de todos y sin distinción de sexos; instrucción básicamente nacional y práctica; edificios escolares higiénicos; retribución y trato acordes con su noble función social a maestros y maestras; gobierno educacional autónomo [...].

Además hay otra nota que los vinculó, y a nuestro entender de fundamental importancia, su capacidad de formar una opinión pública en favor de la educación.

En uno de sus numerosos trabajos sobre el tema, Sarmiento insiste en que la educación difundida en la masa de la población hará que cada uno se convierta en "elemento y centro de producción, de riqueza, de resistencia inteligente contra los bruscos movimientos sociales". Y en otra oportunidad es más terminante aún, si cabe, pues indica al desarrollo de la educación nacional "como el porvenir del país, como su tranquilidad, su libertad y riqueza depende de esta única cuestión: dar la mayor suma de instrucción posible al mayor número de habitantes [...] en el menor tiempo que sea dado a la acción combinada del Estado y de los ciudadanos". Es decir, como en su momento lo sostuvo un político argentino, "la escuela era para Sarmiento un capítulo de un vasto programa de reforma social", por eso la quiere moderna, popular y democrática. Y pone el centro de gravedad en la escuela primaria; así escribe: "Lo que necesitamos primero es civilizarnos,

no unos doscientos individuos, que cursan las aulas, sino unos doscientos mil que no cursan las escuelas".

Por fortuna, esta preocupación, en cierto sentido comprensible y legítima, se verá complementada por la política educativa de Mitre, interesado por la enseñanza secundaria, y por la obra de Juan María Gutiérrez al estructurar la Universidad de Buenos Aires; de estos niveles saldrían grupos de dirigentes y profesionales que el país reclamaba. Señalemos, pues, la complementariedad de estos esfuerzos de aquellos hombres de la Organización.

Incursionar por el mundo de las ideas educativas y pedagógicas de Sarmiento ejerce siempre un singular atractivo. La bibliografía al respecto es abrumadora pero parcial: carecemos todavía, aunque parezca extraño, de un libro orgánico que las analice con perspectiva histórica, desde las experiencias de sus mocedades hasta las audacias de sus años postreros. Ante todo, debería mencionarse su modificado criterio de política educativa: si bien en las décadas del 40 y del 50 del siglo pasado creía en la importancia de la escuela manejada por la comunidad municipal o rural, cuando ejerció funciones de gobierno creyó en el papel creciente del Estado nacional o provincial en la materia, sobre todo en sus últimos años bajo la influencia del francés Jules Ferry. Habría que recordar por ejemplo, y en otros planos, su preocupación por la educación femenina en Chile, cuando observa que la mujer no debe prepararse para lucir sus atractivos durante un período breve; debe hacerlo para toda la vida. La sociedad moderna, anota en otra oportunidad, tiende a emancipar a las mujeres. Los padres pueden cada vez menos imponerles esposos. ¿Pero la educación, se pregunta, las prepara efectivamente para ser libres? ¿Quién las capacita para el matrimonio, para educar a sus hijos? Sólo tienen instintos y hábitos rutinarios; las paralizan los prejuicios. Las mujeres están en condiciones de recibir educación; más aún: son más aplicadas que los varones.

En *El Mercurio* (en fecha tan temprana como agosto de 1841) se proponía establecer "un cuadro fiel de] perfeccionamiento gradual de la mujer en su condición social" a través de los siglos: y señala, en este sentido, varias etapas: la mujer considerada por el hombre como un miembro degenerado de su especie (vida salvaje), fuente de placer (barbarie), la mujer compañera del hombre (vida civilizada). Y recuerda haber leído en un libro de Beaumont, *María o la esclavitud de los negros*, que las mujeres salen solas en los Estados Unidos cosa imposible en Chile. Debe, pues, educárselas para gozar de su libertad, prepararlas.

Pero además la mujer puede ser educadora; y recuerda al respecto a sus hermanas. Es decir, no sólo la educación de la mujer, sino la educación por la mujer. Estos conceptos tempranos se irán desarrollando y adquirirán nombres propios o institucionales: la viuda de Horace Mann, Juana Manso, las maestras que trajo de los Estados Unidos, las escuelas normales, en fin, la escuela como canal de ascenso social, sobre todo en provincias.

Se preocupará por los libros de texto y los métodos de enseñanza, así habla de aritmética, hace unas apuntes sobre un nuevo plan de gramática, pocos años antes del célebre libro de Andrés Bello. Afirmará que la historia es útil y necesaria y acotará que los pueblos de Europa tienen la propia ¿por qué nosotros la de España? La historia de los araucanos, hiperboliza, es tan importante como la de España. "La historia - dirá en otras

circunstancias - es la biografía de una sociedad o de un pueblo que, obedeciendo a leyes inmutables, se desarrolla dentro de los límites necesarios."

Pero hay todavía algunas ideas quizás más importantes aún que las señaladas. Así recordaremos su claro enunciado de la educación como inversión: "La educación es un capital puesto a interés por las generaciones presentes para las futuras". Más de un siglo transcurrirá hasta que organizaciones internacionales o regionales adopten este criterio tan trascendente. Como también pasará más de un siglo para que se propague lo que hoy denominamos educación permanente, es decir, concebir un sistema ampliado con aditamento, entre otros, de una política de bibliotecas, La ley argentina 419, vigente durante más de un siglo, trató de establecer y organizar una red de bibliotecas populares, manejadas por la comunidad y en parte sostenidas por el erario, que sirviese a ese propósito. Escribió cartillas y textos (así su *Sílabario* o *Método gradual de enseñar a leer en castellano*, texto oficial en Chile entre 1846 y 1889 cuando un Congreso Pedagógico sugiere su reemplazo, aunque siguió reeditándose). Manda imprimir libros a Appleton, a Hachette; se vinculó a empresas europeas y norteamericanas para alentarlas en sus propósitos de preparar material didáctico y textos de enseñanza. El tema es harto tentador y nos llevaría demasiado lejos; pongamos punto final a esta parte de nuestro trabajo para poder abordar otras facetas de su poderosa personalidad.

Sarmiento, en carta<sup>1</sup> a María Mann, quien tradujo su *Facundo* al inglés, le dice en fecha 22 de marzo de 1867:

El castellano carece de libros que pongan al alcance de todos los *conocimientos humanos*. Nosotros nos educamos, en Universidades donde se enseña derecho i matemáticas i medicina. Para leer aprendemos inglés y francés. Ahora bien. Si yo logro interesar a la América, en mi idea i dos mil bibliotecas se fundan, en tan grande extensión, entonces los libreros de Nueva York i Boston podrán publicar en español todos los libros existentes i que gozan de merecida celebridad, i abriremos así las puertas de la América del Sur cerradas a la libertad del pensamiento, la ciencia y la república; i los veinte millones de seres humanos serán añadidos a la parte *nacional*, moral e inteligente de nuestro continente [...].

Sin detenernos en demasía sobre el punto, recordemos que Sarmiento solicitó a su gobierno, en 1884, autorización para convocar una Conferencia Latinoamericana que estudiase los procedimientos que permitiesen editar en forma cooperativa entre nuestros países y asegurar su efectiva libre circulación. Asistieron a la convocatoria cuatro países, pero el convenio sólo fue ratificado por Uruguay. También aquí, pues, Sarmiento fue un notable precursor en materia que tanto importa a nuestro desarrollo intelectual y artístico.

Algo hemos dicho sobre la repercusión que tuvo sobre Sarmiento la Revolución Industrial y Agrícola que vio en Europa y sobre todo en los Estados Unidos. Consideremos ahora otro aspecto menos conocido, el que vincula a Sarmiento con la ciencia.

<sup>1</sup> Salvo indicación en contrario, para la transcripción de los textos de época se ha mantenido la grafía original.



Para empezar, una referencia asaz singular. En *Recuerdos de provincia*, cuando evoca sus lecturas de adolescente escribe:

El segundo libro<sup>2</sup> fue la *Vida de Franklin* y libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin, y ¿por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas.

Y añade enseguida:

[...] joven que sin otro apoyo que su razón, pobre y destituido, trabaja con sus manos para vivir, estudia bajo su propia dirección, se da cuenta de sus acciones para ser más perfecto, ilustra su nombre, sirve a su patria ayudándola a desligarse de sus opresores, y un día presenta a la humanidad entera un instrumento sencillo para someter los rayos del cielo este hombre [...] debe estar en los altares de la humanidad.

(Recordamos aquí, aunque de paso, que este libro de Franklin es, a juicio de Juan Marichal, "quizás la autobiografía más representativa del nacionalismo humanista del siglo XVIII".)

Esta transcripción caracteriza, cierto es, su perfil psicológico, sus afinidades, pero también nos brinda indicaciones sobre cuáles eran sus paradigmas, sus juveniles inquietudes, el amplio marco de su horizonte mental. Que estas convicciones habían arraigado muy profundamente en su alma lo corroboran, entre otros indicadores, su política científica desarrollada desde la Presidencia de la República, cuando contrata a una importante pléyade de sabios extranjeros, entre los cuales cabe recordar dos nombres mayores: Benjamín Gould y Germán Burmeister; el primero, norteamericano, para desempeñarse como Director del Observatorio Astronómico de Córdoba y a cuyo cargo estuvo la preparación y publicación del primer atlas celeste del hemisferio sur, un verdadero catálogo que registra decenas de miles de estrellas australes: y el segundo, el sabio germano, de tan dilatada actividad en el nuevo medio que no requiere mayores encarecimientos. Pero Sarmiento tampoco se limitó a estimular iniciativas tan trascendentes como la fundación de la Academia de Ciencias de Córdoba o se preocupó por la contratación de naturalistas, sino que también hizo editar cartillas de divulgación de los nuevos conocimientos en Francia y Estados Unidos.

Pero si lo que llevamos dicho fuese insuficiente - papel de la ciencia en su formación juvenil, en su concepción de la gran política científica, cuando rigió los destinos del país - , agreguemos, sin afán exhaustivo alguno, otro episodio bien conocido e indicador persuasivo de las inquietudes de un joven setentón. Nos referirnos a la conferencia que pronunció sobre Darwin en Buenos Aires, al poco tiempo de fallecido este. En una exposición vigorosa, sabia, ordenadora de los conocimientos a la sazón propagados, difusamente, en todos los medios cultos acerca de dicha "novedad". Releídas hoy aquellas páginas, nos parecen admirables su actualización y su espíritu lozano, la autenticidad de sus búsquedas, su capacidad de entresacar de una teoría científica las consecuencias inmediatas y mediatas que de ella parecían desprenderse. La vigencia de

esa actitud, como de tantas otras que muy fácilmente podrían traerse a colación, consiente inferir un gesto, desafiante si se quiere, como si dijese: "¿quién les teme a las teorías científicas?". Evidentemente no las temía; antes bien, las estudiaba y trataba de intuir no sólo sus posibles aplicaciones prácticas sino, y por sobre todo, los elementos formativos que encierran para una cultura auténticamente permeable a las inquietudes más contemporáneas. Si falta hiciere corroborar esta preocupación, recordemos el discurso de Sarmiento Presidente, en 1871, en oportunidad de inaugurar el citado Observatorio Astronómico de Córdoba, y donde expone, según José Babini, "su pensamiento sobre el papel de las ciencias naturales en la vida de la nación y sobre el necesario estímulo oficial".

Retornemos a los conceptos iniciales, para preguntarnos si ellos permiten entender mejor la compleja red de interpretaciones que, en torno del ideario sarmientino, crece y se multiplica. Los comentarios, la crítica, hasta el elogio y la diatriba, siguen indicando, por lo menos en la superficie, que conserva vigencia, que todavía algo les dice a las nuevas generaciones, compartan estas o no sus puntos de vista. Por un lado, es explicable porque se trata de una obra viva, inacabada, comprometida con planteamientos perspicaces y profundos que las diversas promociones se encargan de destacar, rechazando o admitiendo en forma total o parcial o redefiniendo con distintas palabras. Por el otro, y lo más significativo para nosotros, porque los dos grandes problemas que enunciarnos al comienzo siguen siendo valiosos, aunque revistan otra fisonomía y se perciban ahora como situaciones cualitativamente diferentes.

Ahora bien, su importancia política, su valor literario y su significado como una filosofía de la historia hacen indispensable abordar el *Facundo*, libro clave para cualquier análisis en profundidad de nuestra historia argentina, y también de la latinoamericana puesto que en torno a ella giran todavía muchos debates y esfuerzos interpretativos, aunque por momentos se revistan de diferente ropaje verbal.

Nacido por razones circunstanciales, como tantas otras obras, el *Facundo* adquiere el valor permanente que le brindan su autenticidad, el talento de su autor y el amplio espectro de temas que aborda. Mucho se ha escrito ciertamente sobre este libro fundamental, y muy diversas son por cierto las interpretaciones acerca de su significado y sobre todo los alcances de su hoy famoso enunciado: "civilización y barbarie", que tanta fortuna ha hecho en el resto del continente y tanta tinta hizo correr. Para abarcar sus alcances seguiremos a Paul Verdevoye, uno de los estudiosos más profundos de la obra de Sarmiento. Pues bien, Verdevoye rastrea cuidadosamente los orígenes del enunciado "civilización y barbarie": así cree encontrar la primera referencia precisa a la misma en un juvenil artículo publicado en *El Mercurio* del 7 de octubre de 1842, donde *barbarie* es sinónimo de *absolutismo* y *civilización* de *libertad*. Esta oposición, que a lo largo de los años adquirirá nuevos nombres, es - para nosotros - más que un esfuerzo por definir una realidad o establecer categorías, un intento por encontrar los polos opuestos que permitan una *explicación dinámica* del complejo proceso abordado.

<sup>2</sup> El primer libro que leyó Sarmiento, según testimonia en *Recuerdos de provincia*, fue la *Vida de Cicerón*, de Middleton.

Por ello también Verdevoye señala que hay armonía de estructura, a pesar de la dualidad aparente del libro: historia y profecía, exposición de hechos y compromiso político. Y prosigue el mismo autor analizando, con sutil precisión, "las causas": la geografía, las costumbres, la raza: para pasar luego a "las causas del conflicto", el enfrentamiento entre el campo y la ciudad, el papel de las masas, etcétera. Por su parte, José Luis Romero escribe: "Al fin de cuentas, la clásica antinomia "civilización y barbarie" oculta la antinomia "libertad y necesidad".

No es propósito nuestro en esta oportunidad encarar un análisis conceptual de cada una de dichas ideas e interpretaciones, y ofrecer una erudita exposición de variantes, matices e influencias. Quizás la mejor impresión, la más viva seguramente, podrá sacarse de las vivencias que registraremos luego de la lectura directa de dicho texto. De todos modos interesa subrayar siquiera que, por algunas de las razones antes señaladas, tampoco es fácil diferenciar los distintos planos sobre los cuales, alternativa o simultáneamente se mueve su autor: por momentos parece descriptivo, luego pasa a ser explicativo, vale decir, busca las relaciones causa - efecto; más tarde interpretativo y, dando vuelos a su imaginación, dejándose llevar por los impulsos de su fervorosa inteligencia, enuncia políticas para modificar esa realidad (es lo que, acertadamente, llama Enrique Anderson Imbert, el "providencialismo" o el "mesianismo" sarmientino, y "no como teoría, sino como estado de ánimo", y que tuvo tantas manifestaciones posteriores).

Una primera lectura del texto revelará que ya desde el capítulo inicial el autor de *Facundo* encara los grandes temas y las mayores urgencias: "El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas", y así de lleno, con sagacidad expresiva, se atreve a señalar el significado de esa inmensidad, la desmesura del paisaje; y más allá de la pampa, más penetrada por la soledad que por el hombre, están los grandes ríos, sin navegación ni canalización que bien podrían ser los vehículos dinámicos de un crecimiento hacia adentro; y en sus puertas fluviales está Buenos Aires, ciudad llamada a ser un gigante de las Américas. De este modo, con energía y belleza sugeridora, se diseñan los problemas que hacen a los rasgos esenciales del país: civilización e independencia, sociedades urbanas y rurales, campañas y desiertos, aislamiento y población, gauchos e indios, etcétera. Pasa luego en el capítulo siguiente, modificado ya sustancialmente el ángulo de enfoque, a establecer una suerte de tipología social, y en cuya caracterización logra algunas de sus mejores páginas en punto a perfección estética y economía expresivas. Y también se obstina en destacar la inadecuación de las categorías y esquemas europeos para explicar "un orden de cosas, un sistema de asociación, característico, normal, único, a mi juicio, en el mundo, y él sólo basta para explicar toda nuestra revolución"; son los nuestros "fenómenos sociales" irreductibles a los del Viejo Mundo. Más adelante le preocupan el distinto significado que para el hombre de la ciudad y el de la campaña tuvieron la Revolución de Mayo y la Independencia; también aquí, la búsqueda de una oposición dinámica lo lleva a hablar de "revolucionarios" y de "conservadores". Más aún, advierte un doble movimiento pendular: las ciudades, impregnadas de cultura europea, contra la tradición española; y luego, la reacción, los caudillos contra las ciudades.

La preocupación de Sarmiento está vuelta siempre al descubrimiento de las grandes contradicciones. Por ello escribe:

Aquí un caudillo que no quería nada con el resto de la República, allí un pueblo que nada pedía para salir de su aislamiento, allá un gobierno que transportaba la Europa a la América; acullá otro que odiaba hasta el nombre de la civilización; en unas partes se rehabilitaba el Santo Tribunal de la Inquisición, en otros se declaraba la libertad de las conciencias como el primero de los derechos; unos gritaban federación, otros gobierno central; cada una de esas diversas fases tenían intereses y pasiones fuertes, invencibles en su apoyo. Yo necesito aclarar un poco este caos, para mostrar el papel que le tocó desempeñar a Quiroga [...].

Su esquema, como podrá advertirse, no es simple ni está idealizado; hunde su mirada en las oposiciones que anidan en las entrañas mismas del país y de sus pobladores. Y más adelante reaparecen otra vez las contradicciones: Córdoba y Buenos Aires, unitarios y federales, para finalizar aplicando el concepto de "guerra social" (tomado seguramente de Pierre Leroux) a la realidad americana.

Y al término de su obra con prosa exaltada, habla del "presente y del porvenir" del país mortificado: se asegurarán las fronteras, se poblará el desierto con ciudades y colonias; se multiplicarán la población, las manufacturas y el comercio; los ríos serán navegados, se organizará la educación; los exiliados "serán llamados, de nuevo, a dirigir los destinos públicos"; es el sueño de millones de hombres entreverados con escuelas, espigas, chimeneas, códigos, puertos, caminos: es el testimonio de un combatiente aviado de proyectos. Y precisamente por haber hurgado en algunos de los problemas esenciales del país (cómo cambiarlo, qué rumbos tomar, cómo superar la dependencia externa y la disolución interna, cómo modificar un orden que puede llegar a ser sinónimo de atraso, cómo llenarlo de hombres y esperanzas, cómo lograr una creciente participación en la producción y una mejor distribución de los frutos) siguen chocando sus ideas con prejuicios e intereses seculares.

Cualquiera sea la opinión contemporánea sobre aspectos o juicios parciales contenidos en el *Facundo*, sobre el rigor justo o excesivo de muchas de sus afirmaciones o el enunciado tajante de sus críticas, nadie podrá negar que sigue constituyendo uno de los esfuerzos capitales por entender el desenvolvimiento de la Argentina y, en muchos respectos, de América Latina. Perdura el testimonio de su inquietud, de su sinceridad (aun cuando solía equivocarse) y de su belleza, de su rotunda autenticidad y el modo entrañable como auscultó el corazón del país; hizo historia y ya es historia. Quizás sin *Facundo* mal podría entenderse el pensamiento argentino creador, aquel que se interroga constantemente, desnudo de prejuicios e intereses mezquinos, sobre el sentido de nuestro futuro y el signo de nuestras esperanzas.

Desde luego que, como cualquier creación humana, auténtica y profunda, toda obra está sujeta a muchos y diversos ángulos de análisis; si ello ocurre con expresiones de interés más restringido, como no sucederá otro tanto y más, cuando interesa a la entraña misma del país, y constituye, como es transparente en *Facundo*, una toma de posición militante, por fuerza apasionada y cuya misma vehemencia simplificadora no excluye apreciaciones parciales o inexactas en sus detalles. Así pues ha sido enfocado como panfleto (reduciéndolo a simple interés circunstancial) o confinado a sus exclusivos merecimientos estéticos (vaciándolo de este modo de gran parte de su contenido esencial), para ubicarlo en el panteón de las glorias pretéritas que, piadosa y opacamente, recogen las antologías

y los programas de enseñanza. Hay quienes, en cambio, han pretendido encontrar en sus páginas, articuladas sobre algunas ideas raigales, afirmadas con rotunda eficacia, la explicación de las peripecias futuras del país, que allí estaría enunciada con tono profético. Otros, por su parte, han contabilizado sus galicismos superfluos, las infidelidades históricas, las referencias confusas, los anacronismos u omisiones. Por eso alguna vez, prologando precisamente una edición de *Facundo* nos preguntábamos:

Si alegato político, ¿para qué sus páginas admirables del capítulo II, "Originalidad y caracteres argentinos"? Si crónica de costumbres, ¿para qué sus reflexiones sociológicas sobre ciudades y campañas, sobre el significado de la Independencia y las guerras civiles, la civilización y la barbarie? Si filosofía de la historia, ¿para qué tantos elementos anecdóticos?

De todos modos la obra, esencialmente indócil, nunca se dejó encasillar ni clasificar definitivamente; sigue transparentando una plétora de intuiciones, ideas, imágenes y, sobre todo, una esencial autenticidad que le asegura perduración cierta. Por algo Miguel de Unamuno, siempre severo en sus juicios, la consideró como la mejor escrita en español durante el siglo XIX.

También en función del género al cual podría adscribirse *Facundo* mucho se ha dicho. Es y no es al mismo tiempo, pues ambas cosas pueden probarse a medias, ensayo sociológico, "gran reportaje", novela de costumbres, documento político, filosofía de la historia, hasta poema, como lo llamó el mismo Sarmiento en su vejez; en rigor esta imprecisión clasificatoria o confusión obedece al hecho de que los críticos no siempre aplican categorías adecuadas. Referido a su tiempo, al clima de ideas imperante, adquiere sentido distinto, por eso dice Tulio Halperín Donghi: "el romanticismo había creado vinculaciones nuevas entre literatura, historia y filosofía".

Es la época de florecimiento de la novela histórica; y quizás algo más importante: la irrupción de las ideas historicistas de Herder, entre otros, que sacuden las estructuras heredadas del siglo XVIII; también están los ecos de Vico, Schlegel, Thierry, Guizot y tantos otros. En lugar aparte puede mencionarse al Tocqueville de la *Democracia en América*, donde encuentra nuestro autor revelada la posibilidad de "hacer una civilización" diferente de la del Viejo Mundo: original y profunda, creadora y dinámica. Por otro lado, Sarmiento es contemporáneo del proceso de redefinición de los géneros: el momento europeo, y las transformaciones que siguen a la creciente especialización y los nuevos requerimientos plantean perspectivas diferentes; de donde, a su vez, determinadas estructuras significativas o constantes.

Siempre será oportuno recordarlo, en especial para reflexionar sobre su obra y lectura crítica, y con sensibilidad remozada, de su vasta producción escrita. Pero también debe ser una incitación para acercarnos a sus libros o estudios a él dedicados por intelectuales tan diversos como necesarios para la interpretación de su mensaje, como fueron los trabajos de Manuel Gálvez, Alberto Palcos, Aníbal Ponce, Ricardo Rojas, Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, José Luis Romero, Luis Franco, para citar un puñado de hombres significativos de muy diversas vertientes ideológicas. Pero sobre todo debe inspirar esfuerzos por repensar nuestros grandes problemas contemporáneos: el papel de la educación, el cambio de nuestra estructura productiva exigido por la nueva revolución

científica y tecnológica, el papel de América Latina en el mundo, y descubrir, como lo hizo Sarmiento, algunas ideas fuerza movilizadoras de la inteligencia y la capacidad de nuestras mujeres y hombres para construir - con fervor y con voluntad - una sociedad democrática y enriquecida material y espiritualmente, como la soñaron aquellos hombres de la Organización y merecen nuestros hijos que vivirán el desafío del siglo XXI.